

LA TEORIA DE LAS DESPROPORCIONES

Jorge Rivadeneyra A.

“Es patente la diferencia para el español, entre la imaginación que lo estimula, y la razón que no le trabaja. Con números y compases nadie le mueve a que deje la tierra firme para aventurarse en un mundo inexplorado: con fantasía, en cambio, se le lleva de una banda a otra del mar, de un punto de la tierra a otro. Lo heroico le entusiasma porque está dentro de su teoría de las desproporciones”.
Germán Arciniegas, “Biografía del Caribe”, pg. 91).

INDICE

I.- LA CARGA DE LOS SEISCIENTOS, pg. 3.

- La unidad de lo diverso, 4.-
- La racionalidad descentrada, 7.
- La teoría de la desmesura, 10.
- En el camino se acomodan las cargas, 12.-
- La sinrazón de la razón, 19.
- El Capitán de bandoleros, 23
- Traduttore, traditore, 25
- El Moctezumismo, 33.

II.- LA MUERTE NO JUEGA A LOS DADOS, 39.

- La realidad de lo inverosímil, 40.
- El Modelo, 41.-
- Asociación para delinquir, 43
- Los trece de la fama, 45
- Eran doce, no trece, 46
- A la ventura, 48
- Los fundadores de la temeridad, 51
- La hora de la verdad, 53
- El día señalado, 55.

III.- LATINOAMERICANDO, 61

- ¿Existe América Latina?, 62
- El mestizaje, 68
- Ni tanto ni tan poco, 72
- La espera infinita, 75
- Notas, 76

I

LA CARGA DE LOS SEISCIENTOS

**“Cuando la locura y la fe se toman de la mano
se puede comenzar empresas de ésas que
nunca se sabe cómo terminarán”.**
**(Sergio Marras, “América Latina,
Marca Registrada”)-**

LA UNIDAD DE LO DIVERSO

Hay quienes dicen, ¡caramba!, fíjese nomás que una de las características del latinoamericano es la de querer hallarse en un lugar distinto del que se encuentra en un momento determinado (1). Y uno se fija y no ve nada, o sólo algo borroso, inextricable, hasta que por fin, siguiendo la dirección del dedo que apunta lo que hay que mirar, uno entiende que fijarse significa delimitar el campo de observación; concentrarse en lo específico; reflexionar en que la palabra lugar, verbigracia, no sólo significa espacio, ni el vocablo momento se refiere solamente al tiempo. ¿Será que hallarse en un lugar distinto del que se encuentra en un momento determinado quiere decir que el latinoamericano es un descosido por antonomasia, o por alguna otra razón de nombre desconocido? Esta ubicuidad espacio-temporal ha sido analizada desde distintos rincones, con lupas de variado alcance, y Aníbal Quijano, por ejemplo, dice que “*una de las más insistentes expresiones del carácter tensional de la intersubjetividad latinoamericana es una permanente nota de dualidad en la manera intelectual, en la sensibilidad, en la imaginación*”. (2)

En otras palabras, más que un descosido, el latinoamericano es un descontento de raíces remuy enterradas. Parece que eso quiere demostrar Quijano cuando emplea el término dualidad en el sentido de contubernio de principios antagónicos, tal como la filosofía del siglo XIX definía al concepto de dualismo, esto es convivencia impertinente de los opuestos, la razón y la fe, pongamos por caso, o de la materia con el espíritu, lo cual presupone la distinción previa de materia y espíritu, así como la determinación de que son categorías antagónicas, irreconciliables, substancialmente distintas.

Formulado de esa manera, tan rotunda, es como si se dijera, hago caso omiso, no tomo en cuenta, me importa un pepino la definición de Einstein sobre energía y materia. Para el inventor de la teoría de la relatividad, los dos términos del enunciado sólo son situaciones distintas de un mismo elemento. De acuerdo a su fórmula, que en realidad pretende ser el símbolo del universo, *materia es igual a energía por velocidad al cuadrado* ($M=E.V^2$). Dicho de otro modo, la materia existe como distintas formas de energía, o como las cosas duras al tacto, al igual que los huesos del coxis o el ceño de mi vecino.

De acuerdo a lo anotado, *dualidad* quiere decir unidad de principios antagónicos. En efecto, así es como se la entiende en geometría, esto es como relación que liga dos elementos, de tal manera que el uno puede transformarse en el otro mediante operaciones oportunas, como ocurre con la línea y el punto. Y hasta se diría que ese parece que es el caso de la dualidad entre racionalidad cartesiana y racionalidad mágica. Conviven, se manosean, no se sabe si adúlteramente, pero en un momento determinado se organiza una empresa de acuerdo a los mandamientos jurídicos y científicos vigentes con el consabido propósito de obtener plus-valor, y en el momento siguiente, digamos que después del balance de fin de año, se va a la iglesia a agradecer a Dios por haber favorecido a la empresa con pingües ganancias. También ocurre que se compra la lotería al final de una semana de arduo trabajo. O se apuesta a los caballos.

Los pitagóricos definían a la dualidad como el principio de la diversidad y de la desigualdad, la ley de lo divisible y lo mudable, que ora está de una manera, ora de otra (3).

Entonces, en América Latina cohabita el pensamiento mágico con la racionalidad cartesiano-kantiana. Y hasta se diría que en ese emparejamiento hay un predominio de lo mágico, por lo cual la conciencia, o mejor el inconsciente latinoamericano no es dual en el sentido de la filosofía del siglo XIX. Por ello, las convicciones marxistas de Carlos

Mariátegui y al mismo tiempo su creencia en Dios no es contubernio de principios inconciliables, sino apenas una dualidad en el sentido einsteiniano, o en el sentido geométrico, o en el sentido pitagórico del término. En el intercambio espacio-temporal de significados, uno de ellos adquiere prioridad de acuerdo a las circunstancias. Y esta es una forma de racionalidad, que algunos llaman riqueza de pensamiento, sobre todo porque ya se sabe que no existen las verdades absolutas o las causas eficientes que determinan de una vez para siempre el comportamiento de los hombres. Recuerdese a Proteo, el cuidador de las focas de Poseidón. Como el mar, poseía la maravillosa facultad de transfigurarse en mil formas diversas. Y así se trocaba en fiero león, en ondulante serpiente, en trémula llama, en árbol que se levanta hasta la vecindad del cielo. Siempre inasible, siempre nuevo, recorría la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna. (4)

LA RACIONALIDAD DECENTRADA

Cava que te cava, y nada. Raíces tan enterradas en el subsuelo de nuestra historia, véase. Tanta cavazón: hasta dar con los conquistadores españoles, y más todavía: hasta mucho antes de aquello, quizá hasta las costras de lo que se podría llamar la precolombinidad. Parece que las formas de pensamiento de esas tenebridades no encajan en los cuadrículos de la racionalidad de hoy en día, conocida también con el nombre de ciencia, de técnica, o simplemente de racionalidad lógico-matemática.

Para no retroceder tanto, en el supuesto que 500 años no sea mucho, digamos que la racionalidad de los conquistadores españoles se fundamentaba cuando menos en dos factores, a saber: a) una profunda confianza en el valor personal, en el soy mejor porque soy español, y b) esa confianza en la españolidad provenía de la reciente victoria sobre los árabes, después de haber padecido 700 años de dominación. Parece que esa guerra de independencia fue asumida como lucha de católicos contra musulmanes, de pueblo elegido por el dios verdadero contra los infieles. Una motivación de altos quilates, véase. Se trataba de restaurar en su trono al Dios verdadero. Y éste, por elemental gratitud, quedaba obligado cuando menos a proteger a sus leales vasallos. De este modo, el comportamiento temerario de los españoles en el Nuevo Mundo se fundamentaba en la condición de pueblo privilegiado gracias a una alianza, o más bien a causa de un contrato con el Dios de los cristianos. Y los contratos son actos racionales, aun cuando *strictu sensu*, en este caso se trate de una *racionalidad antilógica*.

Esta racionalidad *sui generis*, deducida de un contrato con Dios, fue la que configuró la confrontación de los conquistadores españoles con los aborígenes del Nuevo Mundo. Pero las facultades mentales de estos infortunados estaba constituida por un polifacético determinismo mágico, sustentado en el conocimiento de fórmulas rituales destinadas a persuadir a sus dioses para que actúen de una u otra manera.

Racionalidad mágica, señoras y señores, sin antinomias ni paradojas, puesto que tanto la razón como la magia son instrumentales, o mejor dicho, la magia es una forma de racionalidad actualmente clandestina a causa de la Santa Inquisición y de la no menos santa ciencia. Pero en 1519, en los tiempos de Cortés y de Moctezuma, era un

procedimiento técnico inventado para obtener el favor de los dioses. Sin embargo, si la magia es el medio para obtener el favor de los dioses, quiere decir que entre los aborígenes y sus dioses no había un contrato previo. Descuido lamentable, que no lo cometieron los previsivos peninsulares. De ahí que aztecas, chibchas, incas, puruhaes o chichimecas, estaban desprotegidos con respecto a fuerzas todopoderosas y difícilmente controlables. Fuerzas mudables. Arbitrarias. Sumamente caprichosas. Sus decisiones parece que dependían de que los subordinados hayan actuado de acuerdo a misteriosos códigos de comportamiento.

En esta racionalidad mágica sólo hay lugar para el milagro obtenido mediante el exorcismo. O para el castigo decidido desde el principio del mundo y anunciado mediante el simbolismo de los agüeros. Esos augurios ocurrieron en todo el continente, como el cóndor que plegó sus alas y se precipitó a tierra cuando volaba sobre el Quito de los Incas. Agüeros transhistóricos, como el funesto canto de la valdivia, el aullido de los perros, o la visita de las grandes mariposas negras, todos ellos anunciadores de la muerte. O como el espejo roto en la cuentística de César Vallejo



LA TEORIA DE LA DESMESURA

Es muy posible que Colón, vejado por sus contemporáneos y defraudado por los Martín Roldán, los Bobadilla y los Reyes Católicos, se habría sentido irremediamente frustrado si adicionalmente hubiese sabido que Guahananí no era parte de la India, y que su descubrimiento del Nuevo Mundo fue producto de la casualidad. O de la fertilidad de lo erróneo y de las virtudes de la irracionalidad, entendiendo por irracional aquello que no se planifica, o que se planifica de prisa, desoyendo los sabios consejos de Kant y sus descendientes; sin establecer una relación rigurosa entre fines y medios idóneos, como ocurrió en años sucesivos, durante la conquista de América y el sometimiento de espléndidas civilizaciones del continente, ejecutado por capitanes que reiteradamente demostraron las bondades de la improvisación, del azar y la temeridad, como si el poder de la subjetividad fuese de considerable importancia, acaso superior a lo que desde Maquiavelo se llama hechos, o más comúnmente objetividad, siguiendo las enseñanzas de Galileo.

En 1492, temerariamente, Colón se lanzó a lo desconocido: quería llegar a la India navegando hacia el oeste de Europa. Se basaba en la conjetura *científica* de que los continentes son más anchos y el océano más angosto que lo ya establecido. ¿Llegar de una a otra orilla? ¡Nada más fácil, hombre! Un buen marinero eso lo hace en menos de lo que canta un gallo. Y si no, ¡qué!, Las verdaderas distancias se las mide caminando. O

navegando durante más de un mes de zozobras. Tanta angustia. Esos silencios llenos de dudas. Y a la final, una isleta de las Antillas, no prevista en las adivinanzas del proyecto, puesto que previsión significa visión previa del posible curso de los acontecimientos. Pero la imprevisión temeraria, ésa en la que se juega la vida, cambia de nombre y apellido: comienza a llamarse hazaña desde la fundación de América..

Y en los sucesos del descubrimiento y la conquista, la norma es lo hazañoso, hasta el punto de constituir una concepción del mundo. Y el lenguaje de la desmesura, fundado por españoles audaces e indios perplejos, reaparece obsesivamente en la cultura del patria o muerte, del todo o nada pronunciado y vivido en los pinaculares acontecimientos de la América de nuestros días, como si a través de meandros secretos se mantuviese una herencia no-genética de lo que alterando la semántica se podría denominar *racionalidad aventurera*, como la que una y otra vez guió a Cortés y Pizarro.

EN EL CAMINO SE ACOMODAN LAS CARGAS

Racionalidad aventurera la de Hernán Cortés, algo así como la prehistoria de la ruleta rusa. Parece que se hartó de embaucar parroquianos en los negocios de su bodega, de sus aventuras con féminas empecinadas en fundar la nueva humanidad. A la tertulias cotidianas acuden desocupados, frustrados y lisiados que achican la voz para secretar acerca de países reymídicos. Y el bachiller cavila. Le gusta el poder y anticipándose a Hobbes con 200 años, llega a la conclusión de que una de las fuentes del poder es la riqueza. Entonces maquina intrigas. Compra amistades y urde subterfugios. Tanto el despliegue de su astucia para obtener trapaceramente el consentimiento del Gobernador de Cuba para organizar una asociación cuya finalidad es descubrir y conquistar el territorio continental situado ahí nomás, casi frente a la isla de los Borinquén. Decían que allí existe un país riquísimo pero poderoso. Sin embargo, la posibilidad de un botín con grandes dividendos fue mucho más fuerte que la vaga sospecha de que se trataba de un territorio habitado por esforzados guerreros.

Don Hernán Cortés no era un analfabeto como la mayoría de los protohombres de la conquista. Se trataba de un bachiller de toga y birrete. Había leído libros de caballería, acaso alguna historia sobre Julio César. En todo caso, junto con el licenciado Jiménez de Quesada, fue uno de los más doctos entre los conquistadores. Y a pesar de tener encendida la luz del intelecto, haciéndole muecas al razonamiento riguroso para el que estaba preparado, a principios de 1519, al frente de 600 españoles, unos más unos menos, invade el país que López de Gómara denomina Tenochtitlán. Buena estrella la de Cortés por cuanto se trataba de un territorio habitado por numerosas, variadas y antagónicas etnias, incluso lingüísticamente distintas, sometidas al poder de los mexicas.

La expedición de Cortés culminó con la destrucción de Tenochtitlán y el sometimiento de toda la población al dominio del recién fundado imperio español. Un suceso de los que asombran, ¿no? Uno de los más notorios entre las guerras de conquista por cuanto la civilización azteca era una de las más encumbradas de la América precolombina, y su población era de varios millones, cuando 200 años después, Francfort tenía apenas 30.000 habitantes, Berlín 126.000 y París-Londres 500.000 (5). El ejército

que aniquilaría a la civilización más importante del mundo de ese entonces, era de 600 hombres. Carecía de retaguardia, y estaba formada por aventureros, marineros, comerciantes, agricultores, es decir por gente cuya actividad habitual no era el manejo de las armas, si se exceptúan uno que otro maleante.

¿Planear la invasión, el sometimiento y el saqueo de un país poderoso con apenas 600 hombres? Qué locura es ésa, caballeros. Nada que ver con semejante insulsez. Sin embargo, obsesivamente había decidido marchar hacia México. Pero su astucia le aconsejaba mantener en secreto tamaño despropósito, “*y para que le siguiesen todos aunque no lo quisiesen, acordó quebrar los navíos; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida*” (6). Una vez concebida la temeridad, con el fin de evitar que los expedicionarios se amotinen, mañosamente negocia con sus más allegados para que barrenen los navíos y se hundan. Adicionalmente debían propalar la noticia de que los barcos estaban roídos por la broma a causa de estar anclados durante tres meses. “*So color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra*”, escribe Cortés en una de sus cartas. Bernal Díaz aclara que la idea no fue del capitán sino de sus amigos. Pero es muy posible que él prefirió que la idea aparezca como si no fuese suya, de acuerdo a su maquiavélica sagacidad. O a una especie de vocación para el suicidio porque ni siquiera tuvo la precaución de hacer lo que hacen los generales de academia: siempre dejan de reserva una puerta por la cual salir corriendo. Reiteradamente el todo o nada. La victoria o la muerte, sin matices.

Cierto que no fue el primero en jugarse al todo o nada. En circunstancias semejantes, Omich Barbarroja destrozó siete naves con propósitos parecidos. Pero el mérito de adoptar y adaptar una experiencia con el riesgo de su propia vida, le corresponde por entero.

Aconteceres descabellados, sin duda, fastigiosa mezcla de buena fortuna y de locura, tanta que López de Gómara dice: “*nunca jamás hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias ni sujetó tamaño imperio*” (7). Desde entonces, o quizá desde el quién sabe cuándo, en América Latina se dice que *en el camino se acomodan las cargas*, acaso porque ningún plan cubre todas las incógnitas, o simplemente porque los proyectos están ahitos de pálpitos en vez de cálculo lógico-matemático. Acomodar las cargas en el camino significa carecer de recursos y de criterios claros, salir hacia lo desconocido en busca del no se sabe exactamente qué para ver qué resulta. Quiere decir confiar en la buena suerte, en la posibilidad de modificar los factores adversos mediante la audacia. Quiere decir jugarse la vida. Apostar al todo o nada.

Pero no todo fue al tuntún, a las puras corazonadas, como lo haría cualquier aprendiz de brujo. Hernán Cortés era resbaloso como el que más y gran parte de su racionalidad posiblemente estaba hecha de astucia. Así que a los nativos les obsequió ropa, espejos, tijeras y zarcillos, y en la isla de Acuzamil, por ejemplo, sus tropas se sumieron en el estupor cuando les conminó a devolver el oro y otros objetos que habían arrebatado a los isleños. Obedecieron, sin embargo: qué más podían, aun cuando no captaban la urdimbre. Y como para que se vea que con él había que tener cuidado, más adelante hizo cortar las manos a cincuenta espías tlaxcaltecas infiltrados en su campamento. Además, sin haber leído a Maquiavelo, su contemporáneo, sabía intuitivamente que a veces es preferible ser temido que querido; así que, antes de hundir los barcos, mandó cortar los pies de unos españoletos que intentaron apropiarse de un navío para retornar a Cuba. Eran sus amigos, acaso paisanos de Extremadura. Gente sensata que no soportaba la droga de la desmesura. Su ejército perdió un piloto y dos soldados, pero ganó en disciplina. Se hacía

temer de propios y extraños Eso quería él. Pero se trataba de un temor reverencial, un miedo lleno de amor, ese que dizque se siente por un padre severo.

La estrategia de Cortés fue una muy inteligente combinación de objetividad-subjetividad. Los obstáculos que debía superar, todo lo que estaba más allá de sus posibilidades era juzgado con la lente de una imaginación caudalosa. La singularidad de los acontecimientos le obligó a improvisar desesperadamente, introduciendo cada vez impresionantes variables. Se diría que esta fue la parte racional de su gesta, condicionada por la inferioridad numérica de los españoles frente a la enorme población aborígen, lo cual incluye conocimiento del terreno, de la mentalidad de la gente, recursos logísticos y una gran fuerza militar. Es así como Cortés concentra sus escasas tropas en los lugares decisivos. Organiza emboscadas. Racionaliza el uso de arcabuces, lombardas y espadas. Emplea los caballos en cargas espectaculares, con mucho ruido y un demoleedor efecto psicológico. Pero por sobre todo éso emplea desmedidamente el arma de la temeridad, como ocurrió en la espectacular batalla de los tlaxcaltecas.

Tlaxcalan era lo que se podría denominar un Estado federado por anexión forzoso. Los gobernantes y la población local soportaban a duras penas la dominación de los mexicas. Cortés se enteró de esa situación y anticipándose a la astuta política imperial de los ingleses, ofreció aliarse contra el supuesto enemigo común. Y desde su campamento situado en la vecina Cempoallan, envió una embajada proponiendo la paz y la amistad. Los tlaxcaltecas no estaban seguros de las intenciones de los españoles, y abrigando serias dudas acerca de si esos extranjeros eran dioses o simples invasores, decidieron enfrentarlos militarmente: si eran dioses, después de la batalla les pedirían excusas, utilizando el ya viejo expediente de acusar al otro, en este caso a uno de sus jóvenes generales que habría tomado la insulsa decisión de combatir. Si eran invasores, simples mortales, tendrían el gusto de comerse a castellanos bien asados en el festín de la victoria.

La batalla se dio por etapas, y en la última de ellas, López de Gómara dice que los tlaxcaltecas eran más de cien mil armados con arcos, lanzas, macanas, espadas de madera y ónix, es decir con armas más o menos similares a las de los españoles. Cortés sabe que se trata de un suceso de vida o muerte. Hace cuentas y constata que su inferioridad es de más o menos uno por mil y decide que el enfrentamiento debe realizarse concentrando en sucesivos ataques a todos los españoles de su ejército. Algo parecido a lo que después de 4 siglos hizo Mao Tse Tung en su legendaria marcha de los 12.000 li. Táctica inédita en ese entonces. Fundadora, como muchas de las cosas que llevaron a cabo los españoles y los aborígenes en la invención de la nueva historia del mundo. Los tlaxcaltecas se sabían superiores numéricamente, pero su rabia flaqueaba ante la forma de luchar de los extranjeros, y los cuatro generales de ese ejército tan numeroso comenzaron a disentir acerca del qué hacer. Finalmente, cada uno de ellos decidió lo que mejor le parecía, hasta que uno a uno fueron derrotados por los 600 soldados al mando de Cortés.

LA SINRAZON DE LA RAZON

Estos son los hechos que narra López de Gómara, Bernal Díaz y Salvador de Madariaga. Aún en el caso de que los tlaxcaltecas no hubiesen sido cien mil sino la mitad, e incluso la cuarta parte, la decisión de enfrentarlos con 600 soldados constituye un otro acto de locura.

La victoria sobre un gran ejército aborigen selló el destino del nuevo mundo. Los españoles insuflaron su conciencia con la certeza de que acá todo era posible, y los derrotados al fin descifraron el lenguaje codificado de sus dioses: comenzaba la era de los desastres. Así que asumieron su suerte e impresionados por el prodigio de las armas cristianas, los tlaxcaltecas y otros pueblos vecinos aceptaron gustosos la alianza que les ofreció Cortés: él sólo quería conquistar México; quería sus riquezas. Para alcanzar el poder, bien valía una amistad fementida.

Fue una victoria fundada en la improvisación, en una racionalidad cimentada en lo que se podría denominar la sinrazón de la razón, invirtiendo lo dicho por don Quijote de la Mancha. Sin embargo, a pesar de que estas aventuras son legendarias, a la singularidad de tales sucesos cabe añadir que la improvisación se ha mantenido como una de las características de la cultura de América Latina, confirmando que en verdad “*las culturas son realidades que resisten con inmensa vitalidad a los accidentes de la historia y del tiempo*” (8).

Esa característica se manifiesta de muchas maneras, como por ejemplo en eso que en Venezuela se podría denominar *ranchismo o cultura del rancho*. La expresión proviene de una especie de institución de acuerdo a la cual, gente desesperada, desprovista de casi todo, incluyendo de vivienda, invade un terreno previamente elegido. La acción se realiza generalmente por la noche. Rápidamente construyen viviendas precarias con retazos de madera, plásticos, latas y otros desechos. Creen que hay una disposición jurídica de acuerdo a la cual si el rancho tiene un techo de cualquier material, la policía no podrá desalojarles. Después, si la guardia nacional, a causa de algún imprevisto no ha arremetido contra el rancherío con sus perros y tractores, poco a poco en las paredes abren huecos que fungen de puertas y ventanas. Inventan un fogón, adornan el contorno con matas vistosas y santos de cartón.

De acuerdo a lo anotado, cultura del rancho, significa improvisación a ultranza. Predominio del azar. Vivir a salto de mata.

Bricolage denomina Levi-Strauss a este tipo de racionalidad (9). Puesto que la palabra se refiere a movimientos inesperados tanto en la equitación como en la cacería, el *bricoleur*, es decir el *ranchista* es el que obra sin plan previo, con medios y procedimientos inusuales diseñados inicialmente con otra finalidad. Sin embargo, *cultura del rancho* no es la traducción de *bricolage*, aun cuando hay notables coincidencias. Cultura del rancho quiere decir alteración sustancial del concepto de racionalidad. La audacia y la improvisación son sus características más resaltantes; por ello no hay proyecto en sentido estricto, esto es correspondencia entre medios y fines. De ahí que la realización de lo pensado se enmarca en el reino del azar. Sin embargo, el resultado final no es el no se sabe qué, sino un paisaje abierto, de perspectivas muchísimo más libres por cuanto no hay una finalidad única o específica.

La racionalidad lógico-matemática determina que un proyecto es, hasta cierto punto, la síntesis de una teoría. Casi tiene el estatus de hipótesis, esto es movimiento cognitivo que va de lo probado a lo probable. Este tipo de racionalidad contiene un factor no dicho, a saber, la posibilidad del error ocasionado por imprevistos, como la elección equivocada de los medios, o por la determinación subjetiva de los fines. Por eso Max Weber, en sus Ensayos Metodológicos, anota que los fines de un proyecto están irremisiblemente determinados por los medios. Es decir que no se trata del qué sino del con qué. Si el proyecto se define como correspondencia entre fines y medios idóneos, se trata sin duda de un proyecto de ingeniería. En este caso es imposible ir más allá de lo que permiten los

medios existentes. No hay oportunidad para soñar. O en todo caso el sueño, llamado también utopía, aparece como un pasatiempo o necesidad.

El ranchismo carece de estos ingredientes. En vez de la objetividad a ultranza, predomina una maleabilidad entre medios y fines cambiantes, donde la improvisación, en vez de ser un defecto se convierte en un acto de creatividad y de libertad. De ahí que el ranchista que orada una pared sólo está reinventando un espacio por donde circule el cuerpo y la mente. No se trata, pues, de una racionalidad inferior o primitiva, exclusiva de pueblos “salvajes” o de los sectores *marginales* de una sociedad civilizada. Sólo es una variable de la racionalidad humana, acaso inscrita en otro paradigma. Seguramente por éso Levi-Strauss anota que el bricolage es una forma de pensamiento generadora del mito.

vmv

EL CAPITAN DE BANDOLEROS

De lo anotado se podría deducir que Cortés fue un precursor del ranchismo. Este capitán de bandoleros, como le llamó el poeta alemán Heine, tempranamente entendió que el imperio azteca era una institución fundada en el terror impuesto por los mexicas a las diferentes comunidades residenciadas en ese territorio. Gracias a esa percepción, después de salvar la vida cuando lo derrotaron y echaron de Tenochtitlan, maquina utilizar, para beneficio propio, el odio de los pueblos sometidos.

La alianza inicial con los tlaxcaltecas dio lugar a otros pactos de amistad hasta el punto de que fueron los propios aborígenes quienes realizaron la guerra de conquista de Cortés. Fueron ellos, en efecto, quienes le proporcionaron información, alimentos, más o menos doscientos mil hombres para sitiar la ciudad capital en la segunda invasión, y algo así como treinta mil para transportar, a lo largo de cien kilómetros, barcos construidos en la costa hasta la laguna de México, en la serranía.

La idea de construir embarcaciones le surgió después que los mexicas casi aniquilaron a los españoles en junio de 1520, obligándoles a huir de Tenochtitlan. Obsesionado con la reconquista de la cabeza del imperio, Cortés ordena la construcción de trece bergantines, tierra adentro, muy lejos del lago donde pensaba utilizarlos, a causa de que Tlaxcala era el único lugar donde en ese momento tenía aliados firmes. Después de seis meses de trabajo, no sólo estaban listas las naves, sino que tuvieron que represar el río Zahuapan para probarlas. Luego las desarmaron y a lo largo de cien kilómetros de terreno montañoso, ocho mil indios transportaron “la tablazón y clavazón”, protegidos por dos mil soldados tlaxcaltecas, otros dos mil con vituallas, una vanguardia de diez mil y una retaguardia de diez mil guerreros, todos ellos comandados por doscientos españoles y quince caballos. La caravana tenía una extensión de dos leguas, más o menos ocho kilómetros. En el lugar de destino, armaron los bergantines, construyeron una zanja y por ella botaron las naves al lago Tezcoco. ¡Epopéyico!, ¿no? Y sin contar con el apoyo del

gobierno ni de ningún banco mundial. “*El plan y la técnica habían sido españoles; la mano de obra, el transporte y la vía de agua eran de manos indias*” (10).

Los españoles de la conquista construyeron barcos en los lugares menos propicios y con las herramientas más precarias, como los barcos armados por Francisco de Orellana y sus argonautas en plena selva amazónica, asediados por los mosquitos, las flechas envenenadas y el hambre. Con ellos navegó por el Amazonas y logró llegar a la isla, hoy venezolana, de Margarita (11). Pero fabricar barcos a más de cien kilómetros de distancia del lugar donde deben navegar, es una desmesura, una locura de la razón. Es, de nuevo, la sinrazón de don Quijote que se objetiva valiéndose del razonamiento. Ciertamente, a Cortés le precedieron Aníbal en el sitio de Tarento, González de Córdoba y Balboa, pero las distancias para el transporte no eran muy grandes (12).

TRADUTTORE, TRADITORE

A diferencia de los ejércitos contemporáneos, los españoles de la conquista carecían de información previa acerca del territorio por donde incursionaban, así como de los diferentes idiomas de sus poblaciones, es decir de sus formas de pensamiento. De ahí que las ideas que se iban formando de ese mundo aún sin nombre, eran suposiciones, subjetividades basadas en sus experiencias y muchas veces en sus deseos. Creían que los aborígenes entendían sus preguntas, como en aquella ocasión en la que deseaban saber cómo se llamaba el lugar en el que se encontraban. Los interrogados contestaron que no entendían la pregunta. Pero lo hicieron en maya, su lengua nativa. Dijeron *ma c'ubah tahn*, y los españoles entendieron *Yucatán*, y decidieron que ése era el nombre de la provincia aquella. (13)

Cortés, el sagaz, entendió que en una empresa de conquista la desinformación era altamente negativa. Pero la solución no fue obra de su previsión sino de la casualidad, del azar, como en muchos de los acontecimientos del afortunado aventurero. En efecto, cuando apenas iniciaba la marcha sobre México, en Acuzamil, los isleños sometidos prácticamente sin lucha, mediante el lenguaje universal de las señas les dieron a entender que en un lugar no muy remoto se encontraban seis prisioneros barbudos. El dato permitió que Cortés obtenga la incorporación de Gerónimo de Aguilar, capturado en las primeras expediciones que los españoles emprendieron desde Cuba a tierra firme. Durante ocho años de prisión, Aguilar aprendió maya, el lenguaje de sus captores.

El intérprete resultó valiosísimo, como se evidenció en Tabasco, donde los tabasqueños, a pesar de ser numerosos, temían a los españoles por sus espadas, el estruendo de sus mosquetes y lombardas, la fuerza de sus caballos y la fiereza de sus perros de presa. Deducción: los invasores eran superiores a los nativos, como ya lo anotó Colón en su Diario de a Bordo del primer viaje. Desde entonces, la relación superioridad-inferioridad se convirtió en el apriori que desempeñó un papel psicológico decisivo a lo largo de toda la conquista. Incluso se podría decir que ese complejo de inferioridad se ha extendido hasta el latinoamericano de hoy en día.

La misma casualidad deparó a los españoles una ventaja decisiva: los tabascos obsequiaron a Cortés veinte muchachas, todavía núbiles, para el servicio doméstico, lo cual incluía los menesteres sexuales. Entre ellas se encontraba una quinceañera despierta, de marcado erotismo, llamada Malinatli o Malintzin, rebautizada por los españoles como doña

Marina y conocida históricamente como la Malinche. Esta muchacha hablaba náhuatl, su lengua nativa, y maya, el idioma que aprendió cuando sus padres la vendieron como esclava, según el decir de Bernal Díaz. Así que Gerónimo de Aguilar traducía del castellano al maya, y la Malinche del maya al náhuatl, y viceversa. Pero ella se enamoró locamente de Hernán Cortés, y cuando Alonso Hernández de Puertocarrero parte a España tres meses después de que le fue adjudicada como su concubina, no sólo se convirtió en amante de Cortés, de quien tuvo un hijo, sino que rápidamente aprendió castellano y desde ahí hasta los 25 años, edad en la que muere, es decir durante 10 años, pasó de manos de los tabascos a las de Hernández Puertocarrero, de las de él a las de Cortés, y finalmente a las de Juan Jaramillo, con quien se casó por propia decisión de don Hernán, cuando ya no le servía ni para la cama ni como intérprete, puesto que había cumplido con el papel de co-autora de la conquista.

En el idioma náhuatl, el subfijo *zin* al final del nombre propio era un título de nobleza. Significaba señor o señora, lo cual demuestra que la Malintzin, o Malinche, pertenecía a la clase dirigente. Y gracias a esa posición privilegiada, puesto que ciertos conocimientos eran permisibles solamente para las clases dirigentes, es muy posible que conocía la leyenda del retorno probable del dios Quetzalcóatl. De este modo, cuando fue obsequiada a la oficialidad española, debe haber identificado a Hernán Cortés con Quetzalcóatl, como ya lo habían hecho otros mexicanos. Y cabe suponer que se congratuló con un destino que le permitía residir en la corte de los Poderosos del Cielo, cohabitando con el Formador, como lo dispone el Popol-Vuh. Y al Gran Constructor, a quien veneraba desde siempre, comenzó a desearle porque para ella desear a Dios era la única manera de amarlo.

Descollantes mujeres han amado y se han hecho amar por reyes, banqueros, generales victoriosos y otras famas. Sin embargo, escasísimas señoras, quizás únicamente la Malinche, puede alardear de haber sido amante de Dios.

Enamoradísima. Encendidamente. Ese su primer amor lo hizo público de muchas maneras. Con el lenguaje de las miradas, por ejemplo, y ese otro del cuerpo que se ondula predispuesto para la siembra. Hernán Cortés entiende el mensaje y calculadamente improvisa. Sobre todo improvisa. Es imperioso fundamentar su proyecto de conquistar México y la inteligente traductora puede contribuir a la causa. Pero Hernández Puertocarrero es un pequeño obstáculo puesto que el mismo día que recibió el regalo de los tabascos, despreocupadamente repartió las ganancias y la Malinche le fue adjudicada al alcornoso Hernández Puertocarrero para que desempeñe con él funciones femeninas. A la vuelta de unas semanas, Cortés comprendió su error. Como no podía corregirlo sin ofender al quisquilloso propietario, decidió enviarlo a España con una *misión importantísima*. De ese modo se queda con la Malinche y ella, si se exceptúa a la Virgen María, por primera vez en la historia del mundo, logra hacer el amor con Dios e incluso tener un hijo suyo. *“Difícilmente podemos figurarnos la impresión deslumbradora que debió producir en la imaginación de doña Marina la persona de Cortés. Poderoso dios blanco, hijo del sol y de la luna...”* (14).

Su amor a Dios no fue el fruto de febriles insomnios, como le ocurrió a su casi contemporánea, Teresa Sánchez de Cepeda Dávila y Ahumada, alias Santa Teresa. Ella también amaba a Dios por sobre todas las cosas. Más que a sí misma. Le buscaba ahincadamente. La invocaba, hasta que por fin, condolido, acudió a consolarla en uno de sus delirios: *“vínome un arrebatamiento tan súbito que casi me sacó de mí (...)* Fue la

primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento.” (15) Después la nostalgia por el amado ausente. En ese su delirio poético, Santa Teresa dijo,

*“vivo yo fuera de mi
después que muero de amor
porque vivo en el Señor
que me quiso para sí:
cuando el corazón le dí
puse en él este letrero
que muero porque no muero”.*

Dios y su erotismo. En ese entonces, en la época de Santa Teresa, los seminaristas más aventajados se atormentaban con las preguntas difíciles, como por ejemplo, *si Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, ¿significa que tiene sexo? Y si lo tiene, ¿qué hace con él?* Parece que adicionalmente querían saber con quién, por lo cual santidad significaba conubio, *vivir en el señor. Darle el corazón enamorado. Acostarse con El.*

!Chica cosa, vayaviendo;

La Malinche no escribió ese poema. Ella vivió esa poesía. Ciertamente, debe haberle llamado la atención el hecho de que Dios vaya al baño, tenga mal aliento y necesite de una traductora. O quizá pensó que los designios del Poderoso del Cielo son inescrutables, y traducía con denuedo, tomando decisiones con el pretexto de traducir: *traduttore traditore*. Alentó a Cortés en su noche triste, y a los españoles desfallecientes les incitó a continuar la lucha. Descubrió conspiraciones fraguadas a media voz, al amparo del lenguaje nativo. Incluso decidió, por intermedio de Cortés, sucesos tan tremendos como el asesinato de Cuahitémoczin, como colofón de la segunda y definitiva toma de México, realizada en 1521.

Esta mujer excepcional en realidad sólo tuvo de manera sobresaliente las características comunes de las mujeres mexicas, con la diferencia de que la Malinche estaba persuadida de que servía a Dios, mientras que las otras se habían consagrado a su pueblo. Por eso, durante el cerco a Tenochtitlan socorrían a los heridos, fabricaban hondas, preparaban las piedras que servirían de proyectiles y aún las lanzaban desde las azoteas. Esas cualidades han sobrevivido en las *soldaderas* de los villistas y zapatistas, en las *guarichas* de la insurgencia ecuatoriana. La Malinche, por azar, o quizá empujada por los dioses ancestrales, se relacionó con los conquistadores. Confundió el erotismo del poder con el amor a Dios, mezclado con el oscuro impulso masoquista de entregarse a los vencedores. Desde entonces, malinchismo equivale a traición, a entreguismo. Posiblemente el concepto de entrega tiene que ver con los remotos atavismos de acuerdo a los cuales la mujer no sólo es la fertilidad, es decir la bondad, el regazo tibio y la abundancia, sino también la desolación y la muerte, porque prodigar amor es aniquilar al amado. *“La Malinche es el símbolo (...) de lo que se ofrece sin resistencia a los extranjeros”.* (16).

Malinche es el otro nombre de la traición, como si la fidelidad fuese obligación exclusiva de las mujeres. Infiel, no a un hombre, sino a todo un pueblo. Y como pueblo es un vocablo masculino, *malinchismo* es un concepto cargado de machismo. No sólo alude a perfidia con un hombre, que es la forma más poca cosa de la felonía, sino a la esencialidad de lo masculino, que considera que en las fiestas del amor, la mujer es la única que se entrega. Comodísimo atribuirle todas las culpas para descargarse de culpa.

La institución de la culpa tiene una respetable antigüedad. Se origina en el concepto de pecado entendido como violación de la ley de Dios. También se sustenta en borrosos principios éticos y en los no menos inciertos de verdad y eficiencia. El complejo de culpa se objetiva en dos *funcionarios hipotéticos*, 1) el fiscal depositario de la vindicta pública, y 2) un juez que juzga a través de intransigentes preceptos, de acuerdo a los cuales todos, menos él, son culpables en el sentido moral y jurídico del término. Los cargos de fiscal y juez se ejercen gratuita y espontáneamente.

La culpa tiene existencia universal. Forma parte del comportamiento y del lenguaje cotidiano. Comenzó con los favores que Eva le concedió al buenmozo de Adán por culpa de la serpiente. Pero también ellos son culpables por haber cedido a la tentación. Y debido a esa culpa no sólo existe la humanidad sino que ellas deben parir con dolor y todo el mundo debe ganarse el pan con el sudor de la frente. Y en el caso de la conquista de México, nada más sencillo que atribuirle toda la culpa a una muchacha de quince años. De ese modo, un machismo embozado ha eludido mañosamente la responsabilidad de todo un pueblo, y de manera especial la de Moctezuma, el jefe de Tenochtitlan.

EL MOCTEZUMISMO

A pesar de que los mexicas, por su propia cuenta, ya habían inventado el mercado y por lo mismo la compra-venta de mercancías, de donde se supone que proviene la *ratio* o razón en tanto que relación de valor o proporción de bienes equivalentes (17), la racionalidad de ese pueblo, así como de los demás pobladores del continente, se fundamentaba básicamente en el pensamiento mágico, entendiendo por pensamiento mágico el que atribuye los acontecimientos de este mundo a la decisión de los dioses, es decir a factores que no dependen de la voluntad de los hombres. A causa de esta forma de racionalidad, cuando Moctezuma se entera del apareamiento en el mar de unas extrañas *casas flotantes*, cree que quien se aproxima en esas naves es nada menos que Quetzalcóalt y su corte, el Dios que en una época remota juró volver para vengarse de quienes le obligaron a mirar en un espejo la fealdad de su rostro.

De acuerdo a esta tradición inmemorial, Quetzalcóalt, o Serpiente Emplumada, aludiendo a los instintos atávicos, era un dios blanco, barbado, vestido con una túnica. Puesto que los hechos corroboraban el cumplimiento de la profecía, Moctezuma siente que se avecina el final del imperio, de su gloria personal e incluso de su propia vida. Roído por la incertidumbre, en una especie de rebelión contra el destino, decide comprobar si los extranjeros son realmente dioses, y sobreponiéndose a su desmoronamiento anímico, envió una embajada con señales de acatamiento y obsequios tales como el vestido que supuestamente usaba Quetzalcóalt (18), algunos esclavos para que le sean servidos *revueltos en su propia sangre*. Si el forastero usaba aquella ropa y se servía esos manjares, probaría su condición divina. En caso contrario, apenas serían invasores a los que habría que exterminar.

Cortés no se pone el vestido ritual ni se come a los esclavos. ¡Nada de éso, hostia! Los embajadores comprenden que no se trata del Dios vengador. Pero Moctezuma duda: compara obsesivamente el casco metálico, abandonado por Quetzalcóatl, con el que usa Cortés. Y se consuela porque las respuestas de los sabios del imperio no coinciden con las características de los extranjeros ni con los códices secretos. Y el 8 de noviembre de 1519, rebajándose ante sí mismo y ante su pueblo, actuando por debajo de su rol de Gran Jefe Mexica, Moctezuma salió a las afueras de la ciudad de Tenochtitlan para dar personalmente la bienvenida a las huestes invasoras. Allí conoció a Hernán Cortés y quedó omnubilado, y según López de Gómara, en el saludo de cortesía, fielmente traducido por la Malinche, reconoció la posibilidad de que los visitantes sean dioses que habían venido a ejecutar la venganza anunciada por Quetzalcóatl, su antepasado consanguíneo. Entonces Cortés profanó el cuerpo sagrado de Moctezuma con un abrazo, y ante el estupor de los señores del imperio, en vez de ordenar que se castigue el sacrilegio, humildemente correspondió a esa extraña forma de saludar. Tan extranjera.

Siete días después, Hernán Cortés le informó a Moctezuma que era su prisionero. Tomó esa decisión porque había constatado el esplendor de Tenochtitlan, el poder de su ejército, y sobre todo porque sus propias tropas llegaron a la conclusión de que si los mexicas lo deseaban, podrían destruirlos en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando el *Cihualtcoatl*, esto es el Consejo de Notables Aztecas, se enteró de la prisión de su jefe, parece que no solamente se lamentaron, sino que intentaron rebelarse. Pero Moctezuma desacató al Consejo y les recomendó cordura. Dizque le causaba alegría la compañía de Cortés. Y gozaba de libertad de movimiento. En efecto, el sagaz don Hernán le permitía incluso que vaya de cacería, acompañado de un séquito de tres mil mexicas, vigilados por diez soldados españoles. Tres mil hombres sometidos por diez, gracias a que Moctezuma había dado su palabra de que aceptaba su condición de prisionero.

Un grupo de guerreros mexicas mataron a 15 españoles tres semanas después de que arribaron a Tenochtitlan. Una vez que se sometió a los insurrectos, Cortés ordenó que mueran en la hoguera los jefes sediciosos, e hizo encadenar a Moctezuma, supuesto autor intelectual del alzamiento. Pero ni siquiera esta ofensa alteró el comportamiento servil de Moctezuma. Su mansedumbre fue tal, que López de Gómara dice, “*hombre sin corazón y de poco debía ser Moctezuma, pues se dejó prender, y preso nunca procuró soltura, convidándole con ellos Cortés y rogándose los suyos; y siendo tal, era tan obedecido que nadie osaba en México enojar a los españoles por no enojarle*”. (19)

Cortés desengrilló a Moctezuma para no prolongar la humillación. Y el jefe mexica, infinitamente agradecido, le prodigó regalos, comenzando por una de sus hijas y las hijas de otros notables, así como muchas joyas. De la *Casa de las Aves*, una especie de zoológico de pájaros de oro de tamaño natural, Cortés tomó cuanto quiso. Sin autorización del Consejo de Notables, Moctezuma envió al interior del país mensajeros para demandar de sus súbditos hojas de oro y plata, tejuelos y joyas, piedras y perlas. E insistentemente le rogaba a Cortés que no se vaya de México.

Moctezuma parece que no se entregó a Cortés como lo hizo la Malinche. Así que le llenaba de regalos, humildemente, como un perrito, y si don Hernán le hubiera requerido amor, es muy posible que Moctezuma no se hubiese negado, tanto más que el homosexualismo no era malvisto entre los mexicas, y los españoles parece que lo practicaban con frecuencia puesto que la iglesia vendía indulgencias, a dos ducados, para redimir de culpa a los sodomitas hispanos. (20).

La minusvalía de Moctezuma, el amor que sentía por Cortés, dio lugar a que los suyos no solamente murmuren: murmullos, chismorreos, chichichíes, sino que tramen la rebelión, especialmente su sobrino Cacamazín, un mancebo feroz de ánimo y de honra. Se decía que no hallaba sosiego con la prisión del tío, por lo que le rogaba que fuese señor y no esclavo.

Releyendo estos sucesos es inevitable recordar a los jefes de Estado de los países latinoamericanos contemporáneos. También ellos están dispuestos a darles todo a los extranjeros en nombre de la modernización, por ejemplo, o de la globalización, sin la excusa de que están entregándose a los dioses. A causa de ese arrobamiento, se diría que Moctezuma es el fundador de toda una ralea de gobernantes arrodillados ante los poderes imperiales.

Genuflexo, para fundamentar argumentadamente su comportamiento, Moctezuma recordó que sus antepasados también vinieron de oriente: “*Ni somos naturales de esta tierra, ni nuestro reino es duradero*”, dijo. Cuando Quetzalcóatl retornó a su lugar de origen, dizque juró volver. “*Ahora han venido nuestros parientes*”, añadió. “*Demos gracias a los dioses.*” (21). Preludante, véase, viejísimos los antecedentes del culto al Fondo Monetario Internacional.

La muerte de Moctezuma se debió a su firme propósito de no combatir a los españoles. Ocurrió cuando subió a la azotea del palacio a suplicar a la población y a los guerreros mexicas que depongan su actitud de insensata violencia. La respuesta fue una andanada de piedras, una de las cuales le golpeó en la sien, hiriéndole de muerte.

Tanta mugre, ¿no? Increíble que se diga malinchismo y no *moctezumismo* para malnombrar a todo el que se niega a defender la soberanía.

II

LA MUERTE NO JUEGA A LOS DADOS

“Muerte,
venganza, *matad* que os absuelvo,
grita el chacal de la cruz asesina”.
(Neruda, Canto General).

LO INVEROSIMIL ES LO REAL

La primera noticia acerca de la existencia de un país rico y poderoso situado al sur del continente la obtuvieron en 1511 los españoles que invadieron Panamá. William Prescott cuenta que un indígena, acaso para quitarse de encima a tan nefastos afuereños, le dijo a Vasco Núñez de Balboa que hacia el sur había un lugar donde se bebía y comía en recipientes de oro.

En ese entonces, América era sinónimo de la maravilla, tanto el asombro, y lo inverosímil era la sustancia de la realidad. Los conquistadores, inmersos en esa niebla, sólo veían el azul de las creencias. Por eso Vasco Núñez de Balboa hizo construir un barco para la conquista de ese país fabuloso, porque también el continente comenzó siendo éso: un territorio sobre el cual pesaba como una maldición el derecho a ser conquistado. La muerte impidió que quien le puso nombre al océano Pacífico lleve a cabo su proyecto. Pero la noticia se esparció por esos caminos aún no caminados; de vivac en vivac llegó a los oídos de Francisco Pizarro, y éste, a partir de ese momento, dedicó lo que le quedaba de vida para alcanzar la gloria y la fortuna.

Después de trece años de tenacidad y desengaños, recién en 1524 logra formalizar un pacto con el cura Hernando de Luque y un sumamente fulano llamado Diego de Almagro. El convenio permitió contar con algún dinerillo para realizar unas cuantas exploraciones sucesivamente fallidas. Pero la tosudez de Pizarro y la paciencia de Almagro, así como el porfiado suministro de doblones que el cura Luque obtenía de sus feligreses, una y otra vez facilitaron nuevas exploraciones llevadas a cabo en circunstancias sumamente adversas. En ellas, obsesivamente, Pizarro se recuerda a sí mismo y a sus compañeros de desventura que el que la sigue la consigue, que a Dios rogando y con el mazo dando, que el premio mayor, esto es el oro a raudales, alcanzan sólo quienes perseveran en una empresa. La pobreza es como la lepra, les dice, y para combatirla es preciso estar dispuesto a soportar cualquier dolor. Incluso los peores tormentos siempre serán chiquiteces comparadas con retornar a Panamá a sobrevivir en la miseria, acosados por los acreedores.



EL MODELO

Pizarro está informado de las hazañas de Hernán Cortés y del oro que fue *rescatado* en Tenochtitlan. Océanica la noticia por tan sin medida. Hay muchos signos cuyo desciframiento indican que el Nuevo Mundo es la patria del oro, y algo más buenaventura: sus dueños, ¡que van a ser dueños!, digamos sus cuidadores, por llamarles de alguna manera, son unos infelices a quienes se les puede vencer fácilmente, como lo anotó Colón en su primer viaje, y como lo demostró Cortés en México. Un soplar y hacer botellas. Cada español lleva un Hernán Cortés por dentro: conquistadores de la talla del bachiller de Extremadura.

Las noticias viajaban en barco de vela, a veces a caballo y generalmente a pie, atravesando intrincadas selvas, cordilleras que llegaban hasta el cielo, miasmados pantanos. Y camina que camina, de tanto caminar, cuando llegaban no mostraban las penurias las heridas el cansancio, sino los brillos del contento. Por ejemplo, la victoriosa campaña de Cortés, que ya fue grande, se transformó en leyenda, enanizó a todos los Amadises de Gaula y esculpió para siempre el modelo del héroe. Ser como Cortés, eh ahí el ideal del hombre. A imitarlo entonces. A repetir sus proezas. Muy profundo el impacto de sus hazañas, tanto que proliferaron los Hernán Corteses. El argumento de la imitación fue uno de los más decisivos en la formalización de la sociedad de los tres compinches que iban a conquistar el Perú.

ASOCIACION PARA DELINQUIR

Eludiendo expresamente la conceptualización jurídica, se diría que las asociaciones son agrupaciones de varios individuos con el objeto de obtener algún provecho. Si la asociación se propone, por ejemplo, producir chancletas o dedicarse a la verdulería, se considera que su objeto es legítimo. Todo esto para relieves que la asociación Pizarro-Luque-Almagro no pretendía fabricar nada ni comerciar con lo que otros han producido. Fue una asociación para delinquir puesto que sin tapujos se decidió apropiarse de un país y de todo lo que allí se encuentre, violando el derecho de propiedad y algunos mandamientos de la ley de Dios. La finalidad declarada no fue ni mercantil ni industrial, asumiendo la buena fe que usualmente se da a esos términos. Ni siquiera se disfrazaron con propósitos éticos, verbigracia, evangelizar a los paganos, o propagar la cultura. Con llaneza, se trató de una gavilla de facinerosos que se organizaron para disfrutar de bienes malhabidos. Algo así como notariar el plan de asalto al banco central, para que los nietos disfruten del resultado y se solacen leyendo la hazaña.

Sin embargo, a diferencia de la planificación clandestina indispensable en actividades que violan la ley o la moral y las buenas costumbres, los tres socios se organizaron ante notario y testigos. Y mediante escritura pública se comprometieron solemnemente a dividirse por partes iguales el territorio que llegaren a conquistar, así como a adjudicarse cada uno de ellos la tercera parte de los tesoros, entendiendo por tales al oro, la plata y las piedras preciosas que hubieren. Los cofrades, en nombre de Dios y de los Santos Evangelios, con la una mano sobre el misal, trazaron con la otra una cruz por cuanto el cura era el único que sabía leer y escribir. Así juraron cumplir con lo pactado. Y para reforzar el compromiso, el padre Luque administró el sacramento de la eucaristía, dividiendo la hostia en tres partes, una para cada uno, *“mientras los espectadores se estremecían ante la solemne ceremonia”* (22).

Cinco años más tarde, en 1529, cuando Pizarro viajó a España para obtener del gobierno español los medios necesarios para la conquista del Perú, el rey y la reina se incorporaron a la gavilla. Como socios honorarios les correspondería un quinto de todo el tesoro que obtengan. A cambio de eso, los reyes concedieron a Pizarro el derecho de

descubrimiento y de conquista de la provincia del Perú, junto con los privilegios correspondientes a un virrey.

La suerte del imperio de los incas estaba echada. Tres bandidos y un par de socios honorarios tiraron los dados. Para el caso no importaba que los españoles ni siquiera sepan el lugar exacto donde se encontraba ese imperio, ni su capacidad para defenderse. Es decir, no sólo la ley de la selva, sino también, de nuevo, una irracionalidad fundada en el *veremos qué pasa*.

LOS TRECE DE LA FAMA

La empresa no cristalizó tan rápidamente, como en el caso de la conquista de México. Se realizaron numerosas expediciones, se diría que preparatorias, en el transcurso de más o menos veinte años. En una de aquellas desventuradas incursiones, refugiados en la pequeña Isla del Gallo, el hambre y las calamidades llegaron a tal extremo que la poca gente con la que contaba Pizarro, exigió con el arma del motín el inmediato retorno a Panamá. Pizarro no estaba en condiciones de solucionar los males inmediatos, y el discurso de la esperanza se había desgastado con el uso excesivo. Así que renunció a la demagogia usual y acudió a la pose heroica, al todo o nada que al parecer es la característica de los fundadores de cualquier cosa. Así que desenvainó su espada y con ella trazó una línea en la arena, y mirando en dirección a la probable ubicación del imperio inca, dijo, *“hacia el norte está Panamá y la pobreza; hacia el sur se encuentra el Perú y la riqueza. Escoja el que fuere buen castellano lo que más le estuviere.”*

Acto seguido cruzó la raya, hacia el sur. Le acompañaron doce más, conocidos desde entonces como los *Trece de la Fama*.

ERAN DOCE, NO TRECE

!Coincidencias, caramba; Nótese el parecido de este suceso con otro realizado en 1957. En ese entonces, ochenta cubanos se embarcaron en el Gramma, y desde México se dirigieron a Cuba, anunciando a los cuatro vientos su decisión de derrocar a Fulgencio Batista. Este dictador de turno contaba con un ejército de 40.000 hombres y un arsenal considerablemente apabullante. Así que intentar destronarlo con 80 combatientes era una desproporción, como la de Pizarro. Acaso la diferencia estaba en que Fidel Castro y sus expedicionarios confiaban en el inminente estallido de un alzamiento popular.

Las fuerzas armadas de Batista localizaron fácilmente al barquito, diezmaron y casi desbarataron a las fuerzas insurgentes. Doce rebeldes sobrevivían a duras penas, refugiados en la espesura del bosque, acosados por los aviones y la metralla de la tropa batistiana. Y en esas circunstancias extremas, cuando todo parecía perdido, Fidel Castro dice, *!los días de la dictadura están contados;*

Habían estado contados, ciertamente. No obstante, ¿cómo lo supo Fidel? ¿Cuál el proceso de su razonamiento? Posiblemente pensaba en que el pueblo cubano vengaría el asesinato que estaba cometiendo el gobierno, pero ese razonamiento no permite establecer plazos. semejantes actitudes, la de Pizarro y la de Castro, no encajan en el marco conceptual de la racionalidad tal como la entendía Descartes. ¿O serán las desmadradas

fanfarrias? Nadamente, señores, porque la muerte no juega a los dados. ¿Y qué tal si se les clasifica de *corazonadas*, *el a mí se me hace*, puros *pálpitos*, formas de razonamiento inconsciente? El razonamiento es lógico, o no es razonamiento, arguye el antiguamente maestro, pero es probable que la razón, alguna otra, de esas que llaman *sui generis*, debe merodear por ahí cerca, en la penumbra, en aquel espacio anublado de la razonable irracionalidad.

En el caso de Pizarro, fueron 13 los afamados. No tenían casi qué comer. Vestían andrajos, muchos estaban descalzos, con trapos envueltos en los pies, con botines en sus días finales.. Deambulaban sumamente desprovistos de las caricias de una mujer. Desconocían el país al que dizque iban a conquistar con armas de tan poca monta. Y venir con eso de vencer o morir; vaya, mucho el ruido. A esa forma de racionalidad también se le ha llamado patria o muerte. Todo o nada. Aventura de la existencia.

f

A LA VENTURA

Aun cuando el diccionario dice que aventura proviene de *advenire*, con el significado de llegar o suceder, pareciera más bien que la palabra es un apócope de *a la ventura*, es decir a la buena de Dios, a lo que salga o depare la buena o la mala suerte por cuanto la aventura es una contingencia arriesgada, sumamente peligrosa para los protagonistas de una empresa de naturaleza desconocida, o de resultados impredecibles. Entonces, lo desconocido es uno de los factores primordiales de la aventura. Sin embargo, nótese que adquiere las dimensiones del drama sólo cuando hay desproporción entre meta y dificultades a vencer. Aceptar el desafío puede ser el camino hacia la muerte, que debe andar por ahí, muy cerca, en su condición de miembro nato de la expedición. Sin embargo, no todo es fatalidad: por los alrededores también ronda una recompensa incuantificable, quizás el triunfo; acaso la desgracia, pero en todo caso la plenitud del haber vivido.

La incertidumbre del aventurero está hecha de la certidumbre de que ocurrirá lo indeterminado, ese un algo que alterará la correlación de las desproporciones, como por ejemplo un perro que no aspaviente con sus ladridos. Ese trébol de cuatro hojas, el de la buena suerte. La sonrisa húmeda de la linda muchachita. El color de lo fortuito, llamado también la buena estrella.

Para que haya aventura, el azar debe pesar un poquito más que lo razonablemente matemático. Sólo así podrán intervenir, en el último momento, las fuerzas sobrenaturales en favor del aventurero. Como se puede apreciar, no se trata de un ciego lanzarse al vacío: alguien te dará una mano, a lo mejor el mismísimo Dios, ¿por qué no?, aun cuando Dios no forme parte del proyecto, por la sencilla razón de que no se le ha consultado ni recibirá ningún porcentaje si la cosa camina. Esta es una confianza cualitativa, no matematizable, y por lo mismo poderosísima. ¿No es sugestionable que el desenlace provenga de la hombría, de la astucia, de la intuición repentina acerca de las flaquezas del contrincante? Vaya, se estaba olvidando que toda aventura es una confrontación. Tiene, pues, un antagonista, entendiéndolo por antagonista los pantanos, las fieras, las contraposiciones de la tanta gente.

Así las cosas, aventurar significa *irse por ahí para ver qué pasa*, confiando en que el Ángel de la Guarda sea más calculador que el aventurero. También significa un cierto gusto por el riesgo y el desafío, ese irse más allá de la seguridad de lo cotidiano. El eventurerismo es una forma de racionalidad cuyo sustrato es un cálculo de probabilidades menos matemático que el matemático. Por eso es un aventurero el campesino que sale de su aldea con rumbo a la gran ciudad, en busca de trabajo. O el que intenta tumbar al gobierno. También el barquito que se lanza a la mar, boga que te boga; el mar se encrespa, te agarra la noche, y la nave no sólo que no zozobra, sino que llega a buen puerto. Así, no sólo es improvisación sino riesgo. Se sabe lo que se quiere, pero como se carece de los recursos idóneos, se pone la vida de por medio. Es una racionalidad marginal, de la tercera orilla., a la que también llaman *al tuntún*.

Al tuntún zarpó de Panamá Francisco Pizarro en 1531, veinte años después de haber oído la noticia acerca de un poderoso imperio situado al sur del continente. Partió hacia el Perú con 80 infantes, 77 de caballería, 20 ballesteros y 3 arcabuceros. 181 en total, si a los 180 expedicionarios se añade 1 más, el de la buena estrella. Algunos autores dicen que las tropas de Pizarro no eran 180 sino 200. Eso no le hace. Incluso mil hubiese sido un contingente irrisorio si se considera que las expediciones iniciales de Pizarro acopiaron datos bastantes precisos acerca de las características del país y de los hombres a los que pretendía sojuzgar.

Un imperio poderoso el de los incas, con un ejército que acababa de ganar una guerra fratricida. Y una población de seis millones, muy belicosa. Estaban envalentonados porque en los contactos iniciales comprobaron que los invasores no habían bajado del cielo: comían y descomían. Les picaban los mosquitos. Soportaban a duras penas las inclemencias del medio. Los fulanos eran mortales y por lo mismo podían ser vencidos. Pero no tan fácilmente porque los tales habían aprendido a dominar el fuego para lanzarlo a voluntad sobre otras personas. Además, se desplazaban como si tuviesen cuatro patas, y en cualquier momento, de un solo ser salían dos: el uno caminando como si fuera gente, el otro como cualquier llamingo. Los extranjeros no eran dioses, pero causaban pavora.

LOS FUNDADORES DE LA TEMERIDAD

En las isla Puná, los punáes atacaron una balsa en la que los barbudos transportaban vituallas. Mataron a tres de sus ocupantes. Los españoles decidieron tomar represalias, sembrar el terror, matar a diestra y siniestra. Pero el cauto Pizarro recuerda las lecciones que le diera Hernán Cortés en 1530, cuando visitó España para obtener prebendas e incorporar a los reyes en la gavilla. Premeditadamente elige la clemencia porque quiere ganarse la amistad de quienes van a ser sus víctimas.

Además, ha decidido crear un poblado. Y en efecto, más adelante funda San Miguel de Piura, al igual que la Veracruz de Cortés, a fin de contar con una retaguardia, así sea precaria. Pero en esta ocasión se trataba de una puerta de escape por si llegue la hora de salir a las carreritas.

Fundar en ese entonces era nombrar autoridades, determinar el lugar de la plaza y construir a su alrededor la iglesia, la fortaleza y el juzgado, aun cuando iglesia, fortaleza y juzgado sean palabras exageradas que no se corresponden con lo que designan.

Su permanencia de varios meses en el pueblo recién fundado le permitió ampliar su información acerca del Tahuantinsuyo, el país de los incas. Las noticias son desalentadoras para una tropa tan poca cosa. Muchos españoles reflexionan. Quisieran desistir de la empresa, y cuando colocan en un lado el riesgo y en el otra la ilusión de la riqueza, ésta última inclina el platillo de la balanza. Así que cinco meses después, siguen adelante. En San Miguel de Piura quedan 50 hombres, disminuyendo aún más el ejército invasor. Pizarro no escribió sus memorias porque era analfabeto; así que no se sabe cuáles fueron los argumentos que le aconsejaron reducir su menguado ejército justamente cuando está enterado de la tremenda superioridad del enemigo. A no ser que haya razonado como el pillastre que sabe a ciencia cierta que será capturado y comete otro despojo diciéndose que da lo mismo caer preso por robar mil quinientos o diez mil .

“Es dudoso que tuviera un plan bien combinado y definitivo de operaciones” (23), dice Prescott. Y a sabiendas de lo que realmente hizo Pizarro, señala que posiblemente pensaba en un golpe de mano, como el de Cortés con Moctezuma. O en asumir la condición de representante pacífico de otro monarca. Sin embargo, la decisión final de este otro precursor *de la cultura del rancho*, estaría determinada por lo que ocurra cuando se ponga en contacto con el Inca Atahualpa. En todo caso, se dirigió audazmente al campamento de las altas jerarquías del Tahuantinsuyo, acaso embriagado con el alcohol del peligro, con la sangre fría del jugador que apuesta todo a un tiro de dados. *“Si se hubiese puesto a calcular las posibilidades, hubiese perdido su causa irremisiblemente, porque la desproporción era demasiado gigantesca para luchar con ella racionalmente”*. (24). Pero contaba con su buena estrella. Y con el auxilio de Dios, que según creían los españoles, estaba empecinado en que se debía evangelizar el nuevo mundo.

rtyu

LA HORA DE LA VERDAD

La marcha de los españoles se realiza por campos bien cultivados, con un envidiable sistema de riego; poblados con casas bien construidas. Caminos en muchas direcciones y fortalezas de trecho en trecho. Altísimo el grado de desarrollo de la población nativa, así que algunos se descorazonaron. El perspicaz Pizarro captó el desasosiego, y no hundió los barcos como lo hizo Cortés por la sencilla razón de que no los tenía. En lugar de ello reunió a la tropa y dijo que quién quisiese regresar, podía hacerlo sin menoscabo de su dignidad puesto que él, Francisco Pizarro, les autorizaba para que vayan a San Miguel de Piura a reforzar la colonia. Además le prometió que también ellos recibirán la parte del oro que les corresponda.

Cuatro infantes y cinco de a caballo aceptaron la oferta, y el ejército de Pizarro se redujo un poquito más. Pero quedó depurado, con una voluntad única: la de vencer o morir.

En los tambos donde ha pernoctado, Pizarro recibe a tres sucesivas embajadas. El Inca desea que se le visite en Cajamarca. ¿Qué quiere?, se preguntan. Quién lo supiera. Pizarro no sabe la respuesta. Tampoco Hernando de Soto. Nadiemente. Acaso el Inca pretende averiguar cuántos somos y cuál es nuestra fuerza, arguye el cura Valverde. Nada de meterse en la cueva del tigre, ¡vayaviendo! Sin embargo, ser invitado del Inca es una garantía de que nadie les impedirá seguir avanzando. Entonces, ¿por qué no? Aceptó. Que sea lo que tenga que ser. Los expedicionarios se apuntaron un tanto y siguieron avanzando entre la niebla y el frío de los pajonales. Había reaparecido la sonrisa al otro lado de las dudas acerca de las verdaderas intenciones de Atahualpa. Y casi un año después de haber partido de Panamá, el 15 de noviembre de 1532, los conquistadores llegaron a Cajamarca, algunos a caballo, los demás a pie; con sus banderas al viento, sus cruces, sus cascos y sus barbas.

Nadie salió a recibirles. ¿Una celada? Señor Dios, te encomiendo mi alma y mi cuerpo. Cautamente, avizoramente, poco a poco penetraron en la ciudad donde no había un solo ser viviente. Al fondo, acaso a unos cuatro kilómetros de distancia, se divisaba las columnas de vapor de las aguas termales y una infinidad de tiendas de campaña del ejército de Atahualpa, alineadas a lo largo de varios kilómetros de la falda cordillerana.

EL DIA SEÑALADO

O

Tiendas de campaña de un ejército enorme, ¡Ave María Purísima! Algo nunca jamás visto en las Indias Occidentales. ¿Echarse para atrás? ¡Nadamente! Mostrar el miedo significa la muerte. Así que adelante, que cada cual tiene su día señalado, y si era ése, qué se le va a hacer, que venga la muerte al servicio de Dios y de los imposibles.

Así que enviaron un embajada presidida por Hernando Pizarro y Hernando de Soto. ¿Dos Hernandos? Quién quita, posiblemente Hernando es el otro nombre del buen agüero. Llegaron al campamento del jefe del Tahuantinsuyo con el corazón acelerado. A las mujeres les brillaban los ojos cuando suspendieron sus oficios. Los guerreros, en cambio, fruncieron el ceño y aprestaron sus armas. ¿Cuál será el Inca? Tanta la multitud del no confiar. Transmiraban de aquí para allá, ese su escudriñar, hasta que dieron con la mirada altanera, el señorío que da el poder y la majestad de la borla roja colgando de la frente. Pizarro, Soto y otros tres acompañantes, se acercaron lentamente. Atahualpa no se inmutó ante los caballos de la comitiva. Le saludaron respetuosos pero no desmontaron.

Hernando Pizarro habló genuflexo. Mucha su astucia muy zalamera, ¿la máscara del miedo? Podría ser, tanta tropa esparcida por la comarca. Por intermedio del intérprete, Felipillo, dijo que venía del otro lado del océano a ofrecerle sus servicios al renombrado Inca. Es decir que no provenían del cielo ni representaban a Viracocha: Atahualpa tomó nota de ese detalle, y ni siquiera les concedió el honor de mirarles. Tampoco respondió a las zalemas. Pizarro siguió hablando. Dijo que de acuerdo a la cortesía española, las personas que se ausentan, antes de hacerlo se despiden, y las que vienen son visitadas por sus amigos. Así que tenía el honor de invitar al Inca, señor del Tahuantinsuyo, a visitar a los representantes del otro gran monarca, en el lugar donde se habían alojado.

Esta invitación era el objetivo básico de un proyecto borroso que comenzaba a tomar forma. Pero Atahualpa no contestaba. Callaba tercamente, sin ningún gesto, como si su cara fuese de piedra. Pero al cabo habló, ante la insistencia de Pizarro. Iré, dijo, cuando venga el nuevo día.

En ese momento, Hernando de Soto, el afamado jinete de todos cuantos, hizo caracolear su caballo. Lo espoleó sañado. Le lanzó hacia la llanura en una carrera desenfundada. Esas vueltas circulares, como un torbellino desbocado. Luego regresó raudaloso y frenó a poca distancia del Inca, tan bruscamente que el animal se sentó sobre sus ancas, levantando las patas delanteras y lanzando espumarajos sobre Atahualpa.

Hernando de Soto era jinete renombrado, ¡cómo que no; Adiciónese a esta fama la de crapuloso, también la altanería y lo sanguinario. Como soldado de Pedrarias Dávila, en Panamá, se volvió ducho en la “montería de indios”, es decir en la cacería de nativos valiéndose de perros de presa. Más adelante, según cuenta Fernández de Oviedo, comandó la expedición que partió de la actual Florida hasta Carolina del Norte, arreando indios de carga y las muchísimas jóvenes y bonitas para sus horas de lujuria. Antes de llevarlas a la cama, las hacía bautizar, no para propagar la fe sino para purificar la fornicación, que sería pecado si no era entre cristianos.

Retornaron a sus campamento con las huellas del naufragio. ¿Conquistar el Tahuantinsuyo? ¡Qué locura es ésa; “*Espantados. Así es como hemos vuelto de lo que hemos visto*” (25), dijo Hernando Pizarro. Su hermano Francisco escuchaba muy calladito. Y calladamente maquina. ¿Qué armas tienen? ¿Le rinden pleitesía al Inca?, tanto el su preguntar para proseguir la urdimbre. ¿Se espantaron con las carreras del caballo? Vamos, caballeros, debieron haber disparado el arcabuz. Sin embargo, bienviendo quizá fue mejor que no lo hagan. Creo que ha llegado *la hora de la verdad*, la del toro y el torero, ¿se comprende? Somos los mejores, y si la ventaja del número la tiene el enemigo, el brazo de Dios está con nosotros. Inmediatamente convocó a Consejo de Oficiales, y allí, poco a poco, como cuando se trata de cocinar con leña mojada, fue surgiendo el plan de acción: el Inca había prometido visitar el campamento español. Esa visita era absolutamente necesaria. De ella dependería todo lo demás. En caso de que Atahualpa cambie de opinión, todo se derrumbaría. El plan, entonces, no descansaba ni en la voluntad ni en las posibilidades de los españoles sino en la imprevisible voluntad del otro. Y si viene, como prometido tiene, ¡loado sea Dios!, se procederá a secuestrar al Inca a vista y presencia de todo el mundo. ¿Y los soldados indios? Reaccionarán violentamente, que a nadie le quepa la menor duda. Pero en nuestras manos estará su vida. Nuestro escudo consiste en proteger esa vida a cómo de lugar, so pena de muerte a quien intente incumplir la decisión.

Cortés hizo algo parecido con el amistoso Moctezuma. Sin embargo, el apresamiento se realizó a espaldas del pueblo mexicana y hasta se diría que contó con la aprobación de la víctima. Pizarro, en cambio, quería secuestrar a la luz pública. Enorme la diferencia, y originalísimo el delito: el primer secuestro realizado en América, similar a esos que se ven a diario en la televisión. Allí, uno o más gansters toman en rehenes a un niño o a un gerente y con la amenaza de matarlos, solicitan dinero, un avión, la garantía de que la policía les permitirá salir con vida. Claro, no consiguen su objetivo, los pobres, porque eso significaría violar numerosas leyes, dar un mal ejemplo. Pero el 16 de noviembre de 1532 ganaron los bandidos. Amistosamente, o mejor dicho ingenuamente, Atahualpa visitó el campamento español. Dicen que con cinco mil guerreros y un inmensa comitiva. Entonces salió de su escondite el futuro primer obispo del Perú, fray Vicente Valverde, y por intermedio del intérprete Felipillo, le dijo al Inca, en la Santa Biblia está la

palabra de Dios. Atahualpa tomó el objeto libro. Se lo llevó al oído y no oyó nada. !Qué es éso de mentirle al jefe del Tahuantinsuyo; Despreciativamente, desde lo alto de su trono, tiró el librísimo contra el suelo. Entonces fray Valverde voceó al consigna convenida: ! *Santiago, y a ellos, que yo os absuelvo;* dijo como quien llama a la muerte. Y comenzó el ataque.

Los españoles pusieron sus manos en el cuerpo intocable del Inca. Tanta la perplejidad de los todos. Los unos lo llevaron al interior de Cajamarca, mientras los otros disparaban sus arcabuces, acuchillaban, arremetían a galope tendido. Después vino lo el rescate: un cuarto lleno de oro hasta la altura de un hombre con los brazos alzados. Más adelante, una vez cobrado y repartido el rescate, ocurrió lo inevitable: Atahulpa fue sentenciado a muerte por uno de esos tribunales que desde entonces sirven para justificar las decisiones tomadas a priori.

III

LATINOAMERICANDO

“El vino, de plátano, y si sale agrio,
es nuestro vino” (José Martí, Nuestra América).

¿EXISTE AMERICA LATINA?

Ni la conquista de México ni la del Perú constituyeron batallas definitivas, pero decidieron la suerte del Nuevo Mundo. Esas eran las civilizaciones más prominentes de América y según se dice, las más originales del planeta. Además, son el punto de partida del coloniaje y de una impronta que no se ha borrado ni con la independencia ni con la fundación de un puñado de repúblicas. La soberanía resbalosa de esos Estados ha posibilitado nuevas formas de subordinación, a pesar de lo cual, o precisamente por lo anotado, en ese largo proceso de 500 años, se ha ido constituyendo el humus al que se ha dado en llamar América Latina. ¿Pero existe América Latina? La discusión acerca de si existe o no parte de un concepto de realidad que desconoce que lo real tiene varias formas, una de las cuales es el lenguaje y la cultura. De acuerdo a este criterio, se diría que la realidad humana, entendida hegelianamente, sólo es naturaleza socializada, es decir totalmente inventada por el hombre. Y por si esto fuera poco, esa discusión ya va para largo. Teresa de la Parra, por ejemplo, se negaba a usar ese vocablo, con la ventaja de que tampoco le gustaba el de América Hispana o Indoamérica. Ella prefería uno muy sencillo: América sin más (26). No obstante, no nos es permitida la sencillez de llamarnos americanos. Otros comenzaron por apoderarse del gentilicio; de ese modo América es de los americanos. Simplícimo, Mr. James Monroe, sumamente pragmático.

Seguramente con el buen propósito de discutir acerca de la identidad, Sergio Marras ha realizado unas entrevistas de postín a las figuras señeras del pensamiento continental, recogidas en el Libro “América Latina, Marca Registrada” (27). En esa obra, las inteligentes, multidireccionales y oportunas preguntas de Marras hechas a los novelistas continentales de habla española y portuguesa, permite establecer, entre otras muchas, cuando menos dos premisas: 1) ¿Existe América Latina?, y 2) ¿Es cierto que el latinoamericano siempre quisiera estar en un sitio diferente al lugar donde está, entendiendo por lugar no sólo el topos sino también el estatus?

Tal para cual, se dice cuando lo uno se corresponde con lo otro, y en este caso, las preguntas y las respuestas intentan llegar a las raíces, a esas profundidades donde germina el pensamiento que se piensa a sí mismo, sólo que en América Latina a esas creaciones de la mente no se le llama filosofía sino literatura, unas metáforas de colores con las que se viste el hombre en su marcha hacia la reinención de todocunto, por ejemplo del lenguaje, que es como quien dice ese continuo halar en direcciones opuestas del ser y del deber ser. Esta filosofía rebautizada como literatura anda endomingada, de aquí para allá, más o menos pizpireta, sin un plan monumental de ideas ordenadoras habida cuenta de que los domingos y otros días de fiesta la gente debe reír-bailar, futbolizarse un poco, andar con holgura, chupar helados y servirse el pollo sin usar los cubiertos.

Tal como queda dicho, en el libro de Marras, intelectuales de lo que antiguamente se denominaba de izquierda, Carlos Fuentes, pongamos por caso, e intelectuales de derecha, verbigracia Cabrera Infante, coinciden en que no existe nada a lo que deba llamarse América Latina. Pero la argumentación no es la misma. Así, Carlos Fuentes arguye que una supuesta latinidad nos hizo franceses honorarios puesto que la palabreja fue inventada por los franceses como prólogo a su intromisión colonialista en América, lo cual incluye el nombramiento del emperador Maximiliano en México, las colonias francesas en el actual territorio estadounidense, así como en Haití y la Guayana. Al parecer todo fue una ocurrencia de un tal monsieur Michel Chevalier, una especie de antecedente de Herr Goebels, el ministro de Hitler. De ahí que, según Fuentes, en vez de Latinoamérica, el

continente debería llamarse indo-afro-iberoamérica.

Larga la palabrita, y con un tufo racista, ¿o no? Quizá no debido a que Fuentes nunca ha dicho públicamente que lo sea. Pero huele a racismo una propuesta que se basa en los grupos humanos fundamentales que han transitado por el continente, que al parecer no son seres humanos a secas, sino indios, africanos, españoles, es decir razas que finalmente han devenido en la raza americana, es decir la raza mestiza.

Es muy posible que Fuentes no tomó en cuenta la connotación peyorativa que en este nuestro continente tienen las palabras negro, indio, mestizo. Es probable, también, que no evaluó eso de que el concepto de raza carece de asidero científico. Por ello, el mestizo final de su propuesta es una suerte de condena que se debe expiar ab aeternum debido a que esa es la marca registrada del continente.

Desde hace demasiado tiempo, negligentemente, se viene hablando del continente mestizo, como si no fueran mestizas todas las razas del mundo si por mestizo se entiende al descendiente de razas distintas, por ejemplo de sajones y teutones. Además, llamar mestizo a un ser humano, a un país o a un continente como atributo exclusivo y excluyente, es relieves las diferencias individuales a partir del concepto de raza a sabiendas de que una larga historia de prejuicios considera que hay razas superiores, las puras, e inferiores, todas las demás. Palabreja estigmatizante, esa de mestizo. Tan es así que los alemanes, los ingleses o los estadounidenses no se autodenominan mestizos. Ni siquiera se llaman blancos porque lo de blanco se presume de hecho y de derecho., En cambio a los latinoamericanos se les nombra mestizos o indios o negros, en vez de llamarlos mexicanos, ecuatorianos o guatemaltecos, como ocurre con “la india Rigoberta Menchú, premio Nobel de la Paz”.

“El lenguaje profano de cada día está lleno de palabras que expresan juicios de valor” (28). Y no hay una relación ontológica entre las palabras y su significado. Así, el sol no se llama sol porque alumbra. Se trata simplemente de un signo lingüístico. Es decir que “no hay una lengua genuina ni un significado verdadero ni una misteriosa afinidad entre cosas y nombres”(29).

Aun cuando hablamos una lengua proveniente del latín, lo de latinoamericano no significa que hayamos nacido en Lacio, como amargamente afirma Cabrera Infante, ni que los negros de Haití o los indios de Paraguay sean primos de Cicerón. A nuestro continente le han bautizado y rebautizado a manos llenas. Colón le llamó Nuevo Mundo. Y otra vez, creyendo que el nombre definía a la cosa nombrada, Hegel se sintió obligado a demostrar que lo de nuevo mundo le venía como anillo al dedo puesto que se trata de un continente hecho hace unos diítas. Y otros franceses, esta vez unos monjes cartógrafos, según algunos autores, y de acuerdo a otros el señor Martin Waldessmüller, decidieron que el continente se llamaría América por cuanto Amerigo Vespucci estableció que se trataba de un continente de verdad y no de unas islas.

Entonces América y no Quiché, Caribia, Chibcha o Tahuantinsuyo. O incluso Colonia, que puede provenir de Colón o de su permanente condición de continente gobernado desde alguna metrópoli.

El nombre de americanos a secas no alcanza para la población que habita en las tres partes en las que se divide geográficamente el continente. Americanos son los estadounidenses; los demás son hispanos, negros, indios o simplemente mestizos. Por ello la palabra latinoamericano es un juicio de valor que cobija a todos los subamericanos que hablan español y portugués y viven al sur del río Grande, si no han emigrado. Desde luego, eso de hablar español y portugués es un decir porque otros muchísimos siguen hablando

quichua, guaraní, aymará o náhuatl, y también son latinoamericanos.

El concepto latinoamericano significa tener algún asunto en Macondo, haber luchado en La Guerra del Fin del Mundo, y cuando llega la muerte, irse a vivir en Comala, habida cuenta que morir sólo es cambiar de domicilio. Y antes de que se nos olvide, latinoamericano quiere decir no gringo, y a veces antiyanqui (30) porque esta parte del continente ha sido víctima de invasiones gringas, de golpes de estado fraguados por las embajadas gringas, paquetes económicos impuestos por las instituciones de los gringos, sentencias de la corte suprema de justicia de Estados Unidos con validez universal puesto que la política nacional de los gringos es su política internacional.

Y si esto fuera poco, actualmente, en España, la madre patria como la llaman los trasnochados descendientes de los conquistadores, nos han puesto el nombre de sudacas a los habitantes y Letrinoamérica al continente. Muchos nombres, sí señor, además de los ya manidos, como Patio Trasero de USA y Tercer Mundo.

EL MESTIZAJE

Muy antigua la concepción del mundo, y supérstite, ésa de creer que hay varias razas humanas, y que su mezcla produce mestizajes que cambian de nombre de acuerdo a porcentajes bien conocidos por los criadores de perros. ¿Cuál sería la otra raza que se enredó con Adán y Eva, primeros habitantes del mundo, hechos con la propia mano de Dios, a su imagen y semejanza? Tremendo el atolladero para quienes aceptan sin más este origen de la humanidad. Sin embargo, obviando este argumento, aquí-allá, se más-habla del mestizaje latinoamericano, un no ser blanco ni negro ni indio, con una cenagosa emocionalidad, dubitativa; un estar aquí pero querer hallarse en otra parte, como expresión de lo perpetuamente insatisfecho, consigo mismo y con lo circundante. Todo esto, que no es poco, ha dado lugar, se añade, a un comportamiento aventurero, fantaseador, desequilibrado, que, albarda sobre albarda, ha producido inestabilidades de toda laya.

De ser cierto, en vez de éso que Vasconcelos llamaba la raza cósmica, el mestizo sería un fulano de cuidado. A esa característica correspondería el comportamiento de gobernantes, acaudaladas familias y el sinfín de menesterosos que actúan como verdugos de todo lo que se encuentre por debajo de su grandeza, vale decir de indios y de negros rasos, y sirvientes de los de más arriba, como ocurre cuando el pobre mestizo se compara con gringos y europeos.

Sin embargo, pareciera que la tal manera de ser no es el resultado de ningún mestizaje, a menos que la mala sangre no dure sólo cinco generaciones, como reza el mandamiento científico. ¿Qué tal si exploramos otros caminos?, por ejemplo, durante quinientos años, los habitantes de este continente han mantenido relaciones poco amistosas, como la de conquistador-conquistado, encomendero-encomendado, esclavista-esclavo, patrono-obrero y finalmente metrópoli-tercer mundo. Pareciera, es un decir, que esa relación antagónica ha dado lugar a una cultura del sometimiento y a una concomitante

cultura de la pobreza.

La cultura del sometimiento, entre otras determinaciones, consiste en esperar que otro, el papá, el patrono, el gobierno, o Dios, resuelvan los problemas de la existencia. Algo así como una impotencia aleatoria junto con una parálisis psico-motora que obstaculiza la toma de decisiones transformadoras. El milagro se encuentra en los alrededores de esa espera, y una de las motivaciones del sometido es la de imitar al elemento dominante de la ecuación, a toda costa, contra viento y marea. El obstinado empeño de imitar ha dado lugar a considerables limitaciones del pensamiento, por ejemplo el seguimonismo académico: como la técnica y la ciencia han motorizado el desarrollo de las grandes potencias, se repite mecánicamente aquel saber teórico, a ojo cerrado, sin el beneficio de la duda, aun cuando la auténtica imitación o la copia a secas, serían mucho más provechosas.

El tercermundismo es un concepto que en su esencialidad significa subordinación. “Moriré en París con aguacero/un día del cual tengo ya el recuerdo”, decía ese poeta mayor llamado César Vallejo. Es decir que vivir y morir en París, en Londres o en New York, ha sido una vieja aspiración latinoamericana, expresada simbólicamente en nuestra filosofía-literatura, como lo demuestra también Alejo Carpentier en “El Recurso del Método”.

La cultura del sometimiento entendida como servicialidad a ultranza, se complementa con la cultura de la pobreza, (31) una de cuyas acepciones es el quemimportismo; eso de aceptar la miseria, la ignorancia y el desamparo como ineludibles. Un fatalismo que pareciera estar inscrito en el orden natural del mundo; como si frente a ese destino fuese estéril la acción, la lucha. Estos dos elementos de la cultura tercermundista han devenido en auto-desprecio. Las válvulas de escape de este desprecio por uno mismo podrían ser las siguientes: 1) Un nuevomundismo para turistas, algo así como la teoría de las desproporciones, como lo dijera Germán Arciniegas en su “Biografía del Caribe”; 2) El sirenismo entendido como eso de lanzarse al océano, incluso sin saber nadar, con el firme propósito de atrapar la voz de las sirenas; 3) Los espejismos, una suerte de sirenismo, pero en tierra firme, comportamiento que podría ilustrarse con el clientelismo electoral; 4) El milagrerismo, es decir el golpe de suerte, casarse con una viuda rica, por ejemplo, ganar la lotería, recibir el nombramiento de jefe de aduanas, o ministro de cualquier cosa. También se llama de esta manera a un inesperado aumento de alguna materia prima en los mercados del mundo, al establecimiento de una transnacional para que nos aligere de cualquier yacimiento, o a los préstamos del Fondo Monetario Internacional.

NI TANTO NI TAN POCO

El mundo fue fundado mediante la palabra, afirma la Biblia. Pero Goethe, bien-viendo que el mundo estaba cambiando gracias a las industrias, dice, nada de eso, señores, en el principio fue la acción. Bueno-bueno, interviene Rosenblat (32), en hebreo antiguo, que era el idioma de Dios, palabra significa al mismo tiempo acción, de donde resulta que hablar y hacer son conceptos consanguíneos. Nótese que quien habló fue Dios, y según el Evangelio de San Juan, pensamiento, palabra y Dios significan una y la misma cosa, de donde esto eso y aquello sólo son objetivaciones de la palabra. “Cuando todo estaba en

suspense, todo tranquilo, todo inmóvil, todo apacible, todo silencioso, todo vacío (...), vino la Palabra (...) y fue dicha por los Poderosos del Cielo (...), después que meditaron en el momento del alba (...) y decidieron construir todo lo que existe”. (33)

Palabra-objeto, decían los surrealistas, quién sabe si tratando de imitar a los dioses. O praxis en tanto que contemporaneidad del pensamiento y de la acción. Sin embargo, pareciera que el verbo y la acción caminan por distintas sendas, y desde antes de que Goethe escribiera su Fausto, hay mucho entusiasmo para privilegiar a lo factual. De ahí que al muy-hablar se le mienta de muchas malas maneras, pura lata por ejemplo, o pura literatura cuando al hombre práctico le da por ser fino. Es tanta su finura que rechaza el apodo de mestizo pero acepta en su lugar el sobrenombre de criollo. Esta palabra es una metamorfosis semántica: el mestizaje ya no es de la sangre sino de la cultura. Entonces el criollo es un ser acaudalado, de profesión liberal, militante de algún partido político decente, muchas veces legislador o ministro. En el criollo predomina el intelecto que organiza la producción de valores de cambio para el mercado mundial. Lo hace a base de subordinados que siguen siendo mestizos.

Pero éstos, situados un poquito más abajo, consideran que año tras año han trabajado tanto que no han tenido tiempo de hacer dinero. Adicionalmente, casi siempre han sido segundones en todas las guerras civiles y en las campañas electorales de la democracia contemporánea. Entonces para qué deslomarse con tanto empeño después de tanta historia, de tanto caudillismo, de tantas frustraciones. La guerra de la independencia no suprimió ni el ninguneo ni la injusticia bien abonadas durante el coloniaje, desde luego sin tomar en cuenta esa manera de ser que llaman espíritu igualitario, forjado en los vivaques de “la guerra a muerte”, así como cierta irreverencia por los valores consagrados a lo largo de esa especie de edad media de América Latina, también sobrenombrada de coloniaje.

Al final del coloniaje, una vez institucionalizadas las repúblicas, ese confinamiento del vivir, sumamente agropecuario, determinaba que los ahítos de provincianismo, esos cazadores de nuevos horizontes, se levanten en armas contra los que anteriormente se apoderaron del gobierno de idéntica manera. Motivar a los más íntimos, ese era el comienzo de la empresa. Luego se conminaba a los peones de las haciendas a incluirse en la montonera; también se reclutaba a la sogá, tal como lo cuenta José Rafael Pocaterra en su “Gloria al Bravo Pueblo”. La aventura bélica terminaba de muchos modos. Digamos que con la derrota, y a veces también con la victoria. El triunfo total sobre el enemigo, o los triunfos parciales en algunas batallas permitían que los vencedores se apropien de los bienes de los vencidos, tales como ganado, tierra, mujeres. Botín le llaman a éso; una suerte de riqueza fácil, objeto implícito de los movimientos caudillistas, como la del bachiller Cipriano Castro con su coterráneo Juan Vicente Gómez.

A don Juan Vicente por poco se le convierte en oro todo lo que tocaba, como al mítico rey Midas. Para qué trabajar, entonces, si al Dorado se llega por muchos caminos, gracias al petróleo, pongamos por caso. Fíjese, nomás, que el petróleo se encuentra donde se creía que estaba el infierno. Claro, no todo es sésamo ábrete ni frotar la lámpara de Aladino: hay dificultades, como eso de que el gobierno administra los yacimientos y al gobierno se llega afiliándose al partido que va a ganar las próximas elecciones. Hay que enchufarse correctamente. Mientras tanto, hagan cola, señores. Con mucha paciencia, que ya llegará el turno.

LA ESPERA INFINITA

Ese hacer cola, una manera de vivir, de amar y de morir. Desde luego, no todos hacen cola. Hay quienes se han desilusionado habida cuenta de que han perdido el turno una y otra vez, sucesivamente. Además, tienen prisa y no están dispuestos a esperar eternamente. Esas personas apuestan a los caballos, compran la lotería, juegan al cinco y seis.